

REUERDOS CON HISTORIA, 151

DE TAMBOR A PANOPLIA

Por V. Navarro

Siempre hay cosas para descubrir y de qué asombrarse. Ocurre en todos los ambientes de la investigación y del coleccionismo porque ya sea el vasto mundo de la cerámica antigua, de los viejos ingenios para medir del tiempo o de las pipas de espuma de mar, hay que reconocer que ninguno de estos campos tiene fin. Y eso, no tener fin, es una de las virtudes y ventajas del asunto porque asegura el mantenimiento de la indagación y de las sorpresas, generación tras generación.

Así pues, situados en este trance, vayamos al conocimiento de la última de las sorpresas que uno ha tenido en el amplio universo de la investigación de objetos militares del pasado.

EL TAMBOR O CAJA DE GUERRA

Nos hemos de centrar en un instrumento conocido desde la antigüedad clásica: el tambor. Porque, veamos, dirán algunos, un tambor es un tambor y no otra cosa y cuando se le agujereaba uno de los parches y se enteraba el sargento de banda ya podía temblar el soldado tamborilero a menos que fuera descendiente directo del Tambor del Bruc.

Pues sí, un tambor no es otra cosa que un instrumento de percusión y punto. Lo interesante es su historia, su trayectoria a través de los siglos, sus muy diversas formas, su destino en concreto y su misión en cada caso.

Hay quien sostiene que, en España, su origen está en los tambores árabes del Medioevo. Otros, como Fcº de Paula Mellado en su “Enciclopedia Moderna”, de 1851, la primera gran enciclopedia española, aporta otro origen explicando que un grupo de celtíberos, enemigos incontestables de los romanos, hicieron un tambor cuyo parche estaba hecho con la piel de su jefe, muerto en combate contra los romanos invasores. De este modo, al hacerlo sonar, se elevaba su espíritu combativo y se renovaban sus ansias de independencia.

Tradicionalmente, el “soldado tambor” era quien, con sus redobles, comunicaba las órdenes de los jefes. Para ello se escogían, como decían los reglamentos, “hombres de bien” pues del cuidado que pusieran con sus

toques dependía que la orden, la que fuere, quedara bien transmitida y entendida.

No siempre los soldados tambores fueron hombres hechos y derechos. Algunos tamborileros del siglo XVIII tenían solo diez años. En 1768, una Ordenanza del rey Carlos III decía: *“Para clarinetes y tambores podrán reclutarse muchachos que no baxen de la edad de diez años y en llegando a los diez y seis, se les preguntará si quieren continuar en el Real Servicio...”*

Pero un día de la década de 1860, apareció en la milicia otro instrumento, esta vez de viento-metal, que mandó al tambor, único e insustituible transmisor de órdenes hasta la fecha, casi al ostracismo. Amargamente se quejaron los veteranos, jefes y tropa, de que para el tambor sonara su final en beneficio de la corneta, última invención para transmitir órdenes de modo claro y rotundo. Nada pudieron las lamentaciones y las penas; la corneta se impuso quedando el tambor, o sea, los tambores en general, en una concepción reduccionista, como adecuado instrumento para acompañamiento de banda marcando ritmos.

Técnicamente, un tambor militar del siglo XIX era una chapa de madera escogida o de pulido latón, formando cilindro más o menos alto, cuyas bases quedaban formadas y cerradas por los llamados parches que eran pieles o pergaminos muy estirados. El interior del cilindro actuaba de eficaz caja de resonancia al ser golpeados los parches por la llamadas baquetas o palillos. Para acompañar rítmicamente el paso de los soldados eran ideales.

Dicho lo anterior, hay que considerar, no obstante, que siglos de tambores dieron lugar a una literatura popular concretada en refranes, términos y poemas a cuál más curioso:

- “Cuando los tambores hablan, las leyes callan”.
- “Cuatro soldados y un tambor, piquete son”.
- “A tambor batiente”;
- “También el tambor es tropa”;

Como último ejemplo, una cuarteta libre:

*“Alboroto de chiquillos,
gozo de gente mayor,
y amenizando el desfile,
tres pífanos y un tambor”*

OBRAS DE ARTE

Pues algunos tambores lo son. O lo fueron. La superficie generosa del cilindro que lo forma (llamado vaso) se prestó, desde sus inicios, a la decoración más pluscuamperfecta que pudiera lucir un instrumento.

Artistas del pincel, del repujado o de la estampación marcaron sello de personalidad a muchos tambores de antaño, militares o paramilitares. Cada país, en función de sus intereses o necesidades, pudo presumir de poseer los tambores mejor “trabajados” y mejor “hermoseados” de su historia tamboril.

A partir de ahí, fueron las modas de cada época, y de cada país, las que marcaron la pauta a seguir. Desde el más barroco de los trabajos a los colores más simples y sencillos, los tambores han sido lugar de expresión artística indiscutible. Incluso, en Campo de Marte, en plena batalla, se podían distinguir perfectamente los tambores propios y los del enemigo pues su decoración y el impacto de sus colores, los caracterizaba.

UN TAMBOR ESPECIAL Y SU METAMORFOSIS

Quisiera detenerme en comentar uno de los tambores militares, tal vez poco conocido, pero que ha sido el motivo de este trabajo.

Se trata de un tambor francés de la época de Napoleón III, es decir, del Segundo Imperio empleado por la Guardia Imperial. Su caja (**vaso**) estaba hecha de plancha de latón en cuyos extremos se colocaban sendos aros de madera (**arillos**) como a todos los tambores, luego los **parches** y las **piolas** (vulgarmente cuerdas) de sujeción que, con ayuda de las **templaderas** (pedacitos de cuero de forma troncocónica) permitían el ajuste de la tensión para la afinación y tono del instrumento.

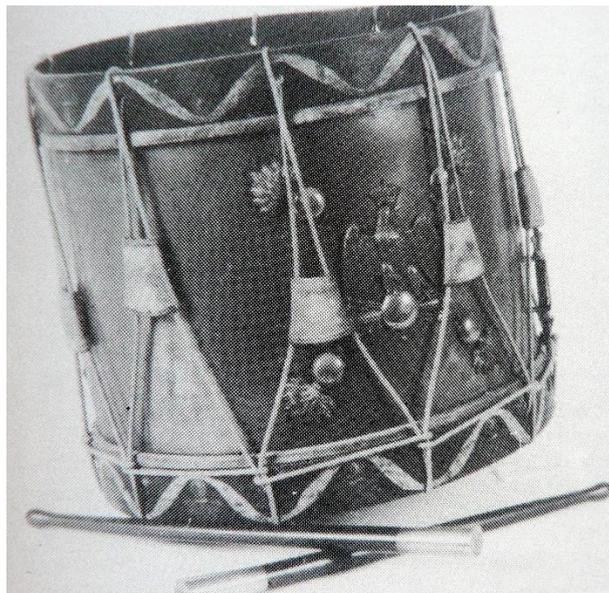
Lo que lo caracterizaba, aparte el tamaño, era el repujado que presentaba el vaso, o sea, la plancha de latón. Ahí se puso especial cuidado en que

quedara bien clara la simbología representativa -una de ellas- del 2º Imperio. El recio relieve que el repujado conseguía en la plancha latonada no dejaba lugar a dudas. Se trataba de un tambor “Napoleón III”. He tenido ocasión de verlos, por ejemplo, en el impresionante museo llamado *Musée de l’Emperi* de la ciudad de Salon de Provence.

Lo que resulta a todas luces espectacular es el relieve formado por un águila central coronada, bajo cuyas garras aparecen dos cañones en aspa, y rodeada de cuatro bombas de artillería llameantes como se puede ver en las imágenes. Con los años y la caída del Imperio, los tambores pasaron a museos y colecciones a excepción de alguno que, tal vez algo estropeado se reaprovechó, transformándolo, pues no era asunto de menospreciar el interesante relieve comentado.

Y ahí reside la inesperada metamorfosis. Alguien tuvo la ocurrencia de tomar un tambor usado y algo maltrecho y, sin perder ripio, le eliminó todo lo inservible excepto la interesante banda en relieve que en este caso sería lo mejor conservado y, en un acto digno de mérito, recortó ésta convenientemente en función de sus deseos y, ¡oh sorpresa!, la convirtió en una elegante panoplia, muy decorativa, para exposición de un par de sables dándole, a lo que antes fue tambor, una nueva y espectacular vida.

El resultado fue genial. Por eso lo presento es estas líneas.



Visión de un tambor época Napoleón III en el que destaca su “vaso” en latón repujado con el relieve antes explicado. A la vista de este tambor singular

uno no puede menos que agradecer a quien tuvo la idea de aprovechar uno de ellos y, reconvirtiéndolo, dejarlo listo para un diferente pero interesante recuerdo histórico.



Esa es la placa latonada de lo que antes fue banda rectangular usada como vaso de tambor. Muy cuidadosamente recortada, siguiendo el perfil o “boca” de algunos blasones heráldicos y respetando, lógicamente, el motivo central, ha dado como resultado una estupenda pieza histórico-decorativa para ser empleada para muy diversos destinos y situaciones.



Vista posterior de la placa. La sorpresa para el investigador fue morrocotuda. También, además de recortada, se le habían añadido a la placa, en cada una de sus cuatro esquinas, sendos puentes metálicos

afianzados mediante remaches, con la finalidad de que dieran paso a un par de hojas de sable, puestos en aspa, consiguiendo un espectacular y prestigioso efecto.



Este era el efecto deseado por el hábil “transformista”.



Giberne: Para acabar, observemos esta cartuchera de espalda mediante la que hemos de reconocer que el diseño “águila–artillería” fue muy común durante la época trabajada aquí.